

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

MOISÉS
...celebró

por Antoni Mendoza i Miralles

20

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

*Por la fe celebró la Pascua y el derramamiento de la sangre,
para que el que mataba los primogénitos no los tocara.*

(Hebreos 11:28)

Ahora somos llevados a considerar uno de los acontecimientos más importantes del Antiguo Testamento, y de toda la Escritura. Las palabras que hemos de considerar nos llevan a final de la estancia de los israelitas en la tierra de Egipto, después de haber vivido allí 430 años (Éx 12:40-41 comp. Gé 15:13). A lo largo de esos años, las 70 personas que llegaron con Jacob llegaron a ser unos 600.000 hombres, sin contar las mujeres y los niños.

¿Cómo fue la primera Pascua?

No es ahora el momento de considerar detalladamente ésta celebración, ni los muchos y múltiples significados de los que nos habla la Pascua a los creyentes de la dispensación de la Gracia. Necesitaríamos mucho espacio, y nos desviaría del propósito que focaliza éstas consideraciones. Con todo, hemos de destacar algunas cosas.

Aquella primera Pascua en Egipto, Israel la llevó a cabo en obediencia al mandamiento que Dios les dio a través de Moisés. El acto incorporaba dos hechos que se encontramos en Hebreos: la Pascua propiamente dicha, con la comida familiar del cordero, y la aspersion de la sangre. Después de la celebración de la Pascua se tenía la de los Ázimos, que duraba una semana, durante la que no podía haber nada con levadura en casa, ni tampoco se podía tomar nada que incorporase dicha substancia: el pan se había de comer ázimo.

La descripción de los hechos históricos, en el capítulo doce de Éxodo, indica que el cordero que se tomaba había de ser perfecto, y estar cuatro días bajo observación, antes de ser sacrificado el día 14 del mes de Nisán o Abid, “entre las dos tardes” (Éx 12:3, 6). La sangre se había de recoger, pues servía para cumplir el mandamiento de ponerla sobre los postes de las casas donde se

comía. Eso es llamado en la epístola a los Hebreos “el derramamiento de la sangre”. Esa sangre del cordero sobre el dintel y los postes les había de libertar del “destructor”, que en nombre de Dios había de recorrer toda la tierra de Egipto.

Además del derramamiento de la sangre, encontramos también la descripción de la comida propiamente. Dicha comida se había de hacer vestidos de viaje, dentro de las casas, y por familias. El cordero había de ser asado al fuego, y no debía dejarse nada para el día siguiente. Se había de comer acompañado “con hierbas amargas”. Si el cordero era demasiado grande para una familia, había que invitar a los vecinos para comerlo con ellos.

La sangre sobre el dintel y los postes de las casas había de protegerlos de la muerte que se entendía sobre todo hogar egipcio, fueran ricos o pobres, libres o esclavos; y que afectaría tanto a los primogénitos de las personas como del ganado. Bajo la protección de la sangre, los hebreos habían de comer vestidos para el viaje, tomando fuerzas para marchar de la tierra de la esclavitud para encontrarse con Dios.

El pueblo de Israel cumplió el mandamiento de Dios, según Éxodo, y protegido por su Señor fue libertado de la esclavitud en que se encontraban. Pero los habitantes de la tierra de Egipto, que no estaban bajo la protección de la sangre, experimentaron la pérdida de sus hijos primogénitos y de los primogénitos de sus ganados, tal como Dios lo había advertido.

Aquella primera Pascua, fundamento de los recordatorios posteriores que había de hacer los hijos de Israel, incluyó la realización de los hechos ordenados por Dios, con sus consecuencias, y la salida de Israel de Egipto con los recursos suficientes para el viaje.

Un acto llevado a cabo como pueblo y por familias

Lama la atención que los hechos ordenados por el Señor, y la celebración posterior del pueblo anualmente, se realizasen a nivel familiar.

Todo el pueblo había llevar a cabo aquella primera Pascua, y todo el pueblo la habría de celebrar anualmente. Les recordaría la protección Divina sobre ellos, como Dios los había protegido de la muerte y librado de la servidumbre en Egipto. Todos y cada uno de los hijos de Israel, y los circuncidados que vivían con ellos, conmemorarían y celebrarían anualmente aquellos hechos solemnemente, pero también con gozo.

Pero extraña que se celebrase a nivel familiar: se celebraba en casa, cada uno en su casa. El cordero se calculaba conforme al comer de la familia; y únicamente la familia que era demasiado pequeña para comer solos un cordero, podían invitar al vecino más próximo para comer juntos el animal.

La protección de la muerte y el comer la Pascua fueron experiencias particulares, que se vivieron a nivel familiar; pero la salida de Egipto fue la parte de ese acto que vivieron juntos como pueblo. La salida fue una experiencia colectiva como pueblo, como pueblo de Dios obediente a la su Palabra, que disfrutaba de su gracia salvadora y libertadora.

Pero nuestro texto nos habla de Moisés

Pero nuestro texto en Hebreos únicamente nos habla de la fe que Moisés manifestó al realizar este acto de obediencia, y no de la fe de su familia ni del pueblo.

Éxodo 12 nos presenta al pueblo como un todo, en el que cada familia era la unidad en la que el mandamientos se cumplía. Es el mismo Dios que inspiró a Moisés el Éxodo quien, en Hebreos

11, nos lleva a fijarnos en un individuo concreto: Moisés, y en la fe que manifestó cuando celebró la Pascua.

Los acontecimientos que giran alrededor de la Pascua son tan extraordinarios –la salida de Egipto de aquella multitud, el cruce del Mar Rojo, la muerte del ejército de Faraón–, que nos dejan maravillados; pero no podemos olvidar de todo eso no hubiera sido posible únicamente con un cumplimiento formal de lo que Dios había ordenado. Aunque la obediencia, el cumplimiento detallado de todo lo que Dios establece, es necesario, no es suficiente, la obediencia que Dios requiere es la obediencia de la fe. Moisés nos ilustra esta obediencia de la fe, pues él cumplió todo lo que estaba relacionado con la Pascua confiando en el Señor y en su Palabra, por la fe.

Una vez más, las Escrituras del Nuevo Testamento nos revelan hechos de las que no hablan las del Antiguo Testamento. El registro del libro del Éxodo no recoge los detalles de cómo Moisés hizo la Pascua, aunque lo inferimos, puesto que Dios no le recrimina nada, entendemos que tanto Moisés como el resto del pueblo la celebraron conforme a la voluntad de Dios. El capítulo doce de Éxodo nos describe claramente la obediencia de todo el pueblo a la Palabra de Dios, pero hebreos 11:28 destaca como ejemplo la obediencia de fe de un hombre concreto.

Actualmente, como le sucedió más tarde al pueblo de Israel, cuando hemos de obedecer literal y puntualmente todo lo que Dios nos manda en su Palabra planteamos muchas dificultades, presentamos muchos inconvenientes, muchos peros. Incluso llegamos a racionalizar, cuando no a negar, el significado literal de lo que Dios nos manda en su Palabra, para no obedecer formalmente lo que dice. Muchos de los que actualmente se llaman cristianos, cuando se plantea el cumplimiento literal de lo que dice la Palabra de Dios (interpretado siguiendo la regla gramático-histórica), llegan a considerarlo un acto de fanatismo religioso.

Si la obediencia formal a la Palabra de Dios es un “problema” par los cristianos de nuestro tiempo, ¿qué diremos de la obediencia de fe? Por eso Dios, en la dispensación de la Gracia, en la epístola a los Hebreos, dice que Moisés celebró la Pascua “por la fe”, destacando así ante nosotros que nos es necesaria la obediencia, y que ésta obediencia ha de ser por la fe.

Por la fe celebró la Pascua el derramamiento de la sangre

Por la fe Moisés cumplió el mandamiento que Dios le dio sobre la Pascua. Según el relato del Éxodo, dicha celebración implicó el derramamiento de la sangre del cordero, primero, y comer la Pascua, después. Pero lo que nos dice Hebreos altera el orden, primero habla de la Pascua, y a continuación del derramamiento de la sangre.

Cuando Pablo habla a los Corintios de la Cena del Señor (1Co 11:20) encontramos algo parecido. En el capítulo 10 de la Primera a los Corintios, hablando de la «comunión», introduce primero la copa y la sangre de Cristo, y después el pan y el cuerpo de Cristo (1Co 10:16). A continuación, en el siguiente capítulo (1Co 11: 26-29), describiendo el orden en que el Señor estableció la Santa Cena, habla del pan en primer lugar, y de la copa después.

Coríntios recoge dos aspectos de la experiencia de la Santa Cena: el primero presenta la secuencia copa-pan, sangre-cuerpo; y el segundo, la secuencia pan-copa, cuerpo-sangre. La secuencia copa-pan, sangre-cuerpo, nos enseña que hemos de tener comunión con la sangre de Cristo para poder tener comunión con su cuerpo. La secuencia pan-copa, cuerpo-sangre, nos enseña que una vez hemos experimentado la comunión sangre-cuerpo, hemos de mantener la comunión con el cuerpo disfrutando de la edificación de la acción limpiadora de la sangre, que necesitamos vivir una vida santa.

Podemos encontrar el mismo paralelismo en la presentación de la experiencia de Moisés. Éxodo, el primer registro histórico de los dos, nos enseña que era necesario poner primero la sangre en el dintel y los postes de la casa –derramamiento de la sangre–, para después comer la Pascua. Moisés obedeció literalmente el mandamiento de Dios y lo hizo de esa manera, en el mismo orden que usa Pablo en el capítulo 10 de Primera a los Corintios, y que habla de como nos hemos apropiado de la obra de Cristo para salvación. Pero la experiencia de la fe, bajo la protección de la sangre y participando de la Pascua –que habla de la experiencia de la redención–, presenta en primer lugar la celebración de la Pascua –la redención–, y el derramamiento de la sangre a continuación –la acción santificadora de la sangre en los redimidos. Cronológicamente vemos lo mismo en la Cena del Señor, la Pascua cristiana, que en la Pascua de Moisés, primero se habla de la secuencia sangre-carne, para después hablar de la secuencia carne-sangre. Hay una participación única en la acción redentora de Dios en Cristo, y ésta requiere primero la sangre que nos limpia de todo pecado, y que nos capacita para participar en el cuerpo, la comunión de redimidos con el Señor. Pero nos es necesario mantener vivo el recuerdo, hemos de tener un recuerdo actualizado de los beneficios de la experiencia redentora en una vida de santidad; ésta tiene como punto de partida la experiencia de comunión de los redimidos con el Redentor, y avanza hacia una experiencia más íntima de la acción santificadora de la sangre del Cordero.

«Por la fe celebró... para que»

Los mandamiento de Dios son mandamiento con propósito; eso lo vemos en los hechos que estamos considerando. Dios dio estos mandamientos a su pueblo con un doble propósito: para beneficio personal, y para beneficio de los demás.

El beneficio personal de celebra la Pascua estaba en disfrutar de un mejor conocimiento de Dios, del carácter de Israel como pueblo de Dios, y de crecimiento espiritual. Dios se mostró como el Soberano, aquel que estaba por encima de todo rey y falso dios, incluso de Faraón y de los dioses de Egipto. En la Pascua, Dios se revela como Dios justo y juzgador, fiel, misericordioso y omnipotente, entre otras cosas. En la Pascua, Dios revela que entre las característica que su pueblo debía ser evidenciar estaban la separación del mundo y del pecado, la santidad obrada por la sangre limpiadora, testimonio de la gracia de Dios, y la unidad como pueblo obediente a Dios y su Palabra. El mandamiento de Dios los quería llevar a progresar en sus vidas de redimidos, que se llevaría a cabo mediante su cumplimiento de la Palabra de Dios, evidencia de la confianza total de ellos en Dios y sus promesas; y también introducirlos a niveles más profundos de comunión espiritual con su Redentor y Señor.

Pero la obediencia de la fe, o la fe obediente, también les había de permitir ser de provecho para los demás. Moisés hizo todo lo que el Señor le mandó por amor a él y a su Palabra; pero también lo hizo confiando que de esa manera, la establecida por Dios, la gracia divina se manifestaría para el beneficio de los primogénitos israelitas.

Nuestra vida de fe, de obediencia en fe a la Palabra de Dios, es el medio por el que el Señor nos quiere bendecir; pero también es el medio por el que nos permite ser motivo de bendición a los demás. Dios, en su soberanía, ha dispuesto que muchas de sus bendiciones sean administradas como consecuencia de la obediencia de fe de los suyos. Eso hace que nuestra manera de vivir como cristianos no sea únicamente cosa nuestra, puesto que afecta también a los demás. No llevar una vida de fe no solamente me impide disfrutar de toda una seria de beneficios espirituales, si no que también afecta, en alguna manera, a aquellos para los que tendría que ser un canal de las bendiciones de Dios. La vida de

subsistencia de muchos cristianos, ese vivir bajo mínimos, está haciendo mucho daño a nuestro alrededor. La manifestación de la gracia de Dios no puede ser impedida por el hombre, pero como canales de la gracia de Dios podemos llegar a entorpecer la manifestación de ciertas bendiciones de Dios a nuestro alrededor, en lugar de facilitarlas.

Moisés vivió una obediencia por la fe que honró a Dios y que le hizo crecer espiritualmente, pero que también hizo que su vida fuese provechosa para sus hermanos. ¿I tu y yo? Hemos de examinar nuestra vida interior, para descubrir cual es nuestro estado espiritual, y tomar las acciones necesarias que nos permitan vivir una vida cristiana abundante (Jn 10:10b), y fijarnos si nuestra vida hacia fuera nos hace ser de beneficio para los demás. *“Por la fe celebró la Pascua y el derramamiento de la sangre, para que el que mataba los primogénitos no los tocara”*.

Edicions Cristianes Bíbliques